

Nombremos al general de la vanguardia mayenesa, al inmortal é infortunado Kleber. Era entonces un hombre de treinta y dos años, bizarro, simpático, verdadera figura de militar que para saber si era bravo no había más que mirarlo. Era instruidísimo. Había hecho todas las campañas de Alemania. En Mayence se le había dado el mando de todas las avanzadas exteriores, es decir, un combate de veinte días sin cesar, Kleber fué arrestado. Tal fué su destino. Siempre víctima. Lo fué en la Vendée, en el Rhin, donde se le dejó sin socorros. Lo fué en Egipto. Y lo es todavía en la historia.

Jamás hubo hombre tan modesto, ni figura más imponente. Era, sin embargo, un alma buena. Humanitario por temperamento, con todos era amable, deferente, bueno. Marceau sentía hacia él hondo cariño y veneración, como si fuera un maestro severo y dulce al mismo tiempo. Kleber por su parte había sentido la belleza moral del joven Marceau y la fuerza heroica que existía en él sirvió para educarse. Más tarde se le verá rechazando el mando supremo; obligó á Marceau á que le tomara y le dió así la gloria del último golpe de espada con que terminó la Vendée.

No se puede escribir sin emoción la historia de esta época. El respeto de Marceau hacia Kleber lo devolvía éste á Canclaux. La deferencia en el orden moral, la fraternidad eran admirables en este ejército. Tenía una sola alma. Todos sus jefes Dubayet, Vimeux, Haxo, Beaulieu, Kleber, fueron como un haz de amigos. Añadamos á estos, á su representante querido, Merlin de Thionville, que siempre se batía en primera línea y que nunca encontró consuelo por haber faltado á un combate. Merlin era el niño mimado del ejército. Kleber cuenta con complacencia sus aventuras en campaña. El día que llegó á Nantes, en la fiesta que se organizó en honor del ejército en la pradera de Mauves, Merlin saltó á una chalupa, pasó el Loira y disparó su fusil contra los vendeanos.

Este ejército llegaba desnudo completamente. Las vestiduras andrajosas se cubrían con las imarcésibles coronas de laurel que conquistaban en todas partes. ¡Gloriosas desnudeces! Sus hábitos hiciéronse pedazos en los reductos de Mayence; ni víveres, ni zapatos, ni caballos. Cuanto se envió desde París, Ronsin impidió que pasara, guardándolo para sí en Saumur. Afortunadamente Philippeaux estaba en Nantes. Con sus fieles amigos del club Vincent, en ocho días pudo equipar su ejército. La perfidia de Ronsin se ejerció una vez más, y una vez más se equivocó.

Vedlos en marcha á aquellos valientes con Kleber y Merlin á la cabeza. El sagaz Canclaux hacía que acompañasen al ejército los más exaltados montañeses del club Vincent-la-Montaña, que respondieron por él contra las calumnias lanzadas desde Saumur.

Las notas de valer inestimable que nos ha dejado Kleber nos permiten seguir paso á paso la marcha. Marcha á Clisson por el áspero y

enmarañado valle del Sevre nantés. La vista podía recrearse contemplando seductoras decoraciones de la naturaleza. Puntos que resultaban de primera fuerza en la estrategia y que ya en Septiembre las lluvias borraban hasta las huellas de los caminos.

La preocupación de Kleber era la de conservar el honor y la dignidad del ejército, impidiendo el pillaje ú otro acto que pudiera rebajar la dignidad del soldado ni el decoro colectivo. El pan estaba generalmente abandonado. Solo eran los bienes de la tierra los que al soldado seducían. Por la noche vivaqueaban en las inmediaciones. Kleber escribía entonces como un amigo complaciente de la naturaleza lo que le había sorprendido, paisajes encantadores, florestas aromáticas, poéticas, fragantes, frondosidades interminables, praderas inmensas, brillantes lagos. Después de estas ingenuas descripciones, Kleber emplea palabras de melancólica ternura «acerca de la suerte de los infortunados que, obedeciendo ciega y firmemente la voz del fanatismo inculcado por el cura se convierten en seres sanguinarios y furiosos incapaces de comprender que ninguna religión más que la del bien, no la de Dios, merece la vida de un hombre.»

Nunca habla de si mismo; su suerte no le inquieta.

Mientras él avanzó confiado la Vendée lo espera y se fortifica en los bosques. El jabalí desesperado, furioso, está dispuesto á lanzarse en una carrera loca. La gran masa vendeana se había vuelto sobre Kleber, siguiendo textualmente las palabras del astuto Bernier: «Dominad Mayence y burlaos del resto.» Obedecieron mientras les fué posible. Ya se sabía que tanto el ejército vendeano de Anjou, en el que figuraban las fuerzas de Charette como las demás tropas no tenían el propósito de hacer prisionero sin rematar de destruirlo todo.

Kleber marchaba sostenido como él creía á la izquierda por el alsaciano Beysser, celoso de él, lleno de mala fe y peor voluntad y á la derecha por Chalbos, teniente de Rossignol, quien debía de aproximarse con todo el contingente del levantamiento en masa de la baja Vendée.

¿Qué hacía este teniente? Avanza y después de algunos encuentros advierte que está en retirada. Obedeciendo el plan de Rossignol, Chalbos se deja á Kleber haciendo que retrocedieran los cuerpos que dependían de él y el levantamiento en masa.

Kleber y los dos mil quinientos hombres de las avanzadas estaban en el fondo de la estratagema urdida. Los desfiladeros estrechos, profundos, fangosos de Torfou guardaban la larga fila de cañones colocados de cuatro en cuatro. En el fondo había veinticinco mil vendeanos. Nada tenían que hacer; Chalbos no les molestaba y por lo mismo se pudieron concentrar. La masa parece hundida en las posiciones, pero se divide, se aproxima sobre las costas, dispara por todas partes escondida en las zanjas y malezas.

Lo nutrido del fuego siembra la alarma. Kleber y los suyos se

creen copados. Kleber recibe un balazo. Los cañones caen en poder del enemigo. Kleber dirige. Llama á Chenerdin y le dice: «Déjate matar y cubre la retirada.» Este bravo militar cumplió la orden al pie de la letra. Con él retuvo á Merlin. Este tenía cerca de sí un excelente amigo, un refugiado de Mayence sin más patria que nuestros campos. Este pobre alemán se dejó matar también para salvar un ejército de Francia.

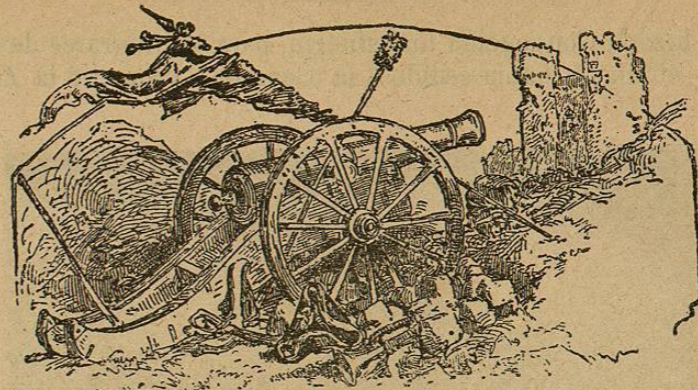
Este mismo día alguien de los que llegaron á Saumur pudo ver á Rossignol que aun se encontraba enfermo: «¿Cómo van los asuntos?—preguntó.—Mal—contestaron—Chalbos se retira—¿Cómo es esto?—¿Quién se lo ha ordenado?—Vos mismo.» Rossignol pidió su registro de cartas y al ver que la cosa era cierta cambió de color. Lo comprendió un poco tarde.

El criminal Ronsin era el que cometía todas estas traiciones.

El levantamiento en masa se hizo con el propósito de ayudar á Kleber en todo el Loira. Sin embargo, es Rossignol quien utiliza estas fuerzas. Puesto en marcha se encierra en el estrecho paso de Carou. Aquí tres mil vendeanos bastan para aplastarlo. Rossignol pensaba en su crimen y creía no poderse lavar más que con una victoria: «Muramos aquí—dijo á su lugarteniente Santerre.» No murió—dice después Santerre—pero hizo como los demás. Ni siquiera tuvo la presencia de espíritu para hacer retroceder á un cuerpo de Angers y fué batido. Todo el levantamiento en masa viendo huir las tropas regulares se desbandó; cien mil hombres volvieron á sus casas.

¿Qué hizo Ronsin? Sin avergonzarse escribió á París que durante seis días no había hecho más que vencer. Que la Vendée huía ante él. El ministro de acuerdo con él, arroja á los más fieles funcionarios.

Ronsin siguiendo las indicaciones de su carta denuncia á Canclaux y al ejército de Mayence. El entusiasmo público ante la vil delación de Ronsin no tiene límites. Se le designa con unanimidad general jefe del ejército revolucionario.



## CAPITULO VI

### Robespierre comprometido. — Su victoria (25 Septiembre)

Violencias de los hebertistas.—Ley de sospechosos.—Danton desesperado.—Los hebertistas denunciados.—Victoria de Robespierre en la Convención.—Dueño de la Justicia y la Policía intenta introducir la moderación y la templanza (3 de Octubre).

Merlin de Thionville no perdía un minuto. Llegó detrás de Ronsin cargado con las pruebas del crimen de Raquel, las órdenes que hizo firmar á Rossignol sorprendiéndole y traicionándole con el propósito de que el ejército de Mayence sucumbiera y Kleber sufriera la muerte.

¿Qué encontró Merlin? A los amigos de Ronsin en el pináculo de la popularidad. Todo el mundo se le reía en sus propias barbas. Se le aconseja que sea prudente y que se excuse como prueba de su derrota de Torfou.

Los hebertistas ante la demostrada debilidad de Robespierre y Danton toman mando en los Jacobinos y les obligan á marchar. Su finalidad evidente era *la muerte de los girondinos*. A cuanto se les decía objetaban: *Si, pero los girondinos viven todavía*.

Hicieron retroceder á los dantonistas estigmatizándolos con el nombre de *indulgentes*.

Los jacobinos humillados, marchando bajo la impresión del espolnazo, tenían deseos ya de probar su energía. Los días 5, 9, 15, 30 y 1.º, las comisiones jacobinas fueron á la Convención, sostuvieron debates, provocaron animadas polémicas.

Los jacobinos franquearon un paso peligroso. Constituyéronse en jueces, fueron al comité de Seguridad general, tomaron el expediente de la Gironda y se encargaron de instruir el proceso ante las barbas del comité y de la Convención.

La Asamblea no veía más que detrás de los Jacobinos á Hebert.